

GARDEL Y MAGOYA

Oscar Oszlak

Otro trabajo atemporal, porque no recrea procesos o acontecimientos históricos sino descubre pautas culturales permanentes y arraizadas. Podría considerárselo como un ensayo sobre la responsabilidad de los argentinos por sus propios actos, pero es más y es menos que eso.

Es más porque destaca un rasgo cultural que resulta clave para entender, en parte, la traumática experiencia que el país sufría luego de la hiperinflación, los saqueos, la especulación, la anticipada entrega del gobierno y el recrudecimiento de las prácticas corruptas. Y es menos, porque se limita a explorar una de las aristas del tema de fondo, que es en última instancia la vigencia de esquemas institucionales y patrones culturales que no consiguen ser auténticamente democráticos por continuar admitiendo a la venalidad, el patronazgo, la prebenda, el abuso o la falta de solidaridad y de respeto por los derechos del prójimo, como motivaciones difundidas de la conducta social.

En este contexto, Gardel y Magoya son los máximos representantes de una iconografía popular que, en el marco de una sociedad caracterizada por la devaluación de los valores y principios éticos, convoca a personajes míticos para sublimar sus frustraciones.

Sus nombres están cotidianamente en boca de todos. Son personajes míticos a los que recurrimos para descargar broncas y frustraciones. Pero no son equivalentes. Como los santos, que conceden dones y milagros de diferente tipo, Gardel y Magoya ofrecen respuestas distintas a nuestros ruegos: ir a "cantarle a Gardel" no es igual que "ir a cobrarle a Magoya".

Por cierto, ambos personajes han sido similarmente condenados por la imaginaria popular a hacerse cargo de la irresponsabilidad ajena, a sabiendas de que no podrán asumirla. Pero podemos suponer que sus reacciones a nuestros vanos reclamos serán diferentes. Gardel, que para colmo cada día canta mejor, se burlaría impiadosamente de nuestra osadía: frente al "maestro", nuestros mejores trinos sonarían como un desafinado quejido. Nuestro acto sería no sólo inútil, sino además humillante.

Magoya -un insolvente abrumado por su inveterada afición por asumir los compromisos del prójimo- en cambio, nos evitaría cuidadosamente. Oculto en su madriguera, trataría de huir de la tenaz persecución de una legión de fracasados "acreedores". Aunque igualmente fútil, esta vez nuestro intento tendría al menos el honroso consuelo de ser un acto legítimo.

Del Gardel mítico, sólo podemos esperar -en el mejor de los casos- una despectiva indulgencia, porque comparada a la suya, nuestra voz siempre parecerá ridícula. De Magoya, sólo podemos esperar evasivas y frustración, porque su huida será siempre más veloz que nuestra carrera. Por eso, aunque las respuestas sean distintas, el resultado parece ser inexorablemente el mismo: la inutilidad de nuestra queja y la inimputabilidad de nuestros personajes, chivos emisarios, en última instancia, de una

impotencia colectiva.

Sin embargo, queda sin respuesta una pregunta acuciante: ¿Por qué depositamos en estos personajes imaginarios responsabilidades fácilmente atribuibles a individuos de carne y hueso? La respuesta no es simple, pero una clave importante tal vez pueda encontrarse en la vigencia de una cultura que no ha incorporado a la conciencia colectiva la noción de rendición de cuentas hacia terceros, ante quienes debe responderse. O, más sintéticamente, lo que en inglés se conoce como "*accountability*".

Cuando un idioma debe recurrir a una locución compleja (como "rendición de cuentas hacia terceros...") para expresar un concepto, es porque ese concepto no ha sido asimilado e internalizado como pauta común, normal o aceptada de la interacción social. En otras palabras, quizá no existe en nuestro idioma un término equivalente a "*accountability*" porque casi nadie rinde cuentas a nadie.

Por ejemplo, los diarios comentan como acontecimiento "normal" que se observó a funcionarios "salientes" cargar en vehículos gruesas carpetas y cajas que contenían documentos relativos a su gestión. Lo cual supone que la gestión de los nuevos será siempre una renovada experiencia de exploración y descubrimiento. Seguramente mascullarán contrariados al encontrar archivos vacíos, pero no se les ocurrirá pedir cuentas porque quizás harán lo mismo cuando a su turno les toque irse.

O nos enteramos que, a pesar de lo que prescribe la Constitución, el Congreso nacional tiene pendiente desde hace años la aprobación de las ejecuciones presupuestarias de ejercicios pasados; pero sabemos también que si se aprobaran, se trataría de un acto puramente ritual. O escuchamos a diario denuncias de corrupción administrativa, pero pocas veces tenemos noticias sobre sus autores, la magnitud de sus ilícitos o las sanciones que les fueron aplicadas. O debemos soportar inermes, "canjes" arbitrarios de depósitos pactados en buena ley, por papeles depreciados, sin más recurso que acudir - una vez más- a Gardel o Magoya.

Por supuesto, esta cultura de la irresponsabilidad alcanza a todos los planos de la vida cotidiana. La pone en práctica el remarcador compulsivo que acolchona sus precios, el acaparador que altera en su provecho el mercado de sus productos, el colectivero que no respeta paradas o señales de tránsito, el automovilista desaprensivo que abandona su vehículo en doble fila sin importarle el prójimo. Cada uno de estos personajes se siente Gardel. Que a nadie se le ocurra "venir a cantarle" las cuarenta por sus pequeñas faltas (casi "travesuras") que, por otra parte, "todo el mundo comete". Y si la cosa se "pone espesa", siempre es posible convertirse en Magoya y poner rápidamente pies en polvorosa, acudiendo al soborno o al amigo influyente.

El día que cada Gardel escuche nuestro canto desesperanzado sin avergonzarnos, el día que cada Magoya cancele sus deudas sin chicanas evasivas, seguramente habremos incorporado a nuestro idioma (y a nuestra cultura) un nuevo término que exprese sintéticamente la idea del "*accountability*". Para que ello ocurra, ¿bastará con que cada uno asuma su responsabilidad social? ¿O les pedimos a Gardel y Magoya que consulten con Mandrake?